

*Meditación alrededor del impacto científico tecnológico.**

José María Castiñeira de Dios

No hay duda alguna de que la Argentina reclama, desde hace más de un siglo, una aclaración sobre su persistente fractura histórica. En realidad, siempre han convivido varias Argentinas "fracturadas" a un mismo tiempo. Hace muchos años, el redactor de la Constitución Nacional, Juan Bautista Alberdi, en una carta al embajador paraguayo Benítez, le decía: "No se equivoque; aquí hay dos Argentinas, dos causas, dos patriotismos". Más adelante, ilustres pensadores sumaron a aquella definición otras varias y variadas: "la Argentina secreta", "la Argentina del silencio", "la Argentina visible", "la Argentina invisible", como si nos fuera vedada la posibilidad de una Argentina en la unidad, de una nación con unión nacional. Y esta misma circunstancia hacía que también nosotros estuviéramos como partidos, como si una parte de nuestra personalidad cultural no alcanzara a conciliarse con la otra. Tal vez por eso nos anegó el sectarismo, esta enfermedad de los débiles, que nos dividió en los fines no en los medios -aquello de que hablaba Pascal- con resultados dramáticos para nuestra existencia como nación y como pueblo. Tal vez por eso ha llegado el momento de echar una mirada virginal sobre nuestra realidad y nuestra historia, retomar aquello que nos enseñó Nuestro Señor: "si tu ojo fuere puro, todo tu cuerpo será luminoso"; y escuchar la voz del Lugones de las *Odas Seculares* que nos convocó a tener "*Ojos mejores para ver la Patria*".

Porque de lo que se trata, aquí y ahora, es de que la Argentina no es un gran hotel en el que siempre se está de paso; la Argentina es nuestra propia realidad óptica, nuestro propio ser, nuestro destino.

Cuando yo era muchacho, en los campos del sur bonaerense, vivía en medio de gentes que habían venido para regresar, en medio de los inmigrantes que, como mis padres gallegos, estaban en tránsito, siempre a la espera de retornar a las aldeas de donde habían partido a "hacer la América". Eran aquellos días los duros e implacables días de la crisis del '30, en el umbral de la angustia que impregnó los versos de Enrique Santos Discépolo en "Cambalache", los duros días de la Argentina de la real pobreza y la miseria real, los días de "la década infame". En aquellos días yo vi

* Párrafos del discurso que improvisó el poeta y profesor de nuestra Casa, José María Castiñeira de Dios, al agradecer el homenaje de que lo hizo objeto la Asociación Latinoamericana de Ciencia, Tecnología y Desarrollo. Aunque dichos el 3 de mayo de 1990, los reproducimos aquí por el valor de sus conceptos y su indiscutida actualidad.

a mis hermanos italianos, a mis hermanos españoles, a mis hermanos sirios y libaneses, a mis hermanos judíos y mahometanos, que sólo soñaban con volver como “indianos” a las aldeas natales, doradas y embellecidas por la distancia, la imaginación y la nostalgia. Pero yo -argentino de primera generación- no tenía a dónde regresar. Y no *podía* regresar porque mi sustento espiritual era el que me daba mi propia tierra, porque no tenía otra memoria que mi tierra, ni otro sueño, ni otro destino. Mi reconocimiento partía de mi inserción en la tierra mía, y mi ser de mi “situacionalidad” de argentino, como querían Holderlin y Heidegger.

En esos años leí un libro lacerante, un libro que no ceso de aconsejar en cada convivio de argentinos, un libro de alguien con cuyas posiciones y actitudes políticas no tuve aparcería, pero que fue un hombre ‘testimonial’, lo cual no es poco decir.

Ese hombre fue Eduardo Mallea, el auto de *Historia de una pasión argentina*, publicado en 1937. Era el angustiado testimonio de quien, al volver de Europa, buscaba una constatación y una confirmación de su destino; él, que era uno de esos “argentinos finales”, como decía Leopoldo Marechal, porque pertenecía al desguace final del patriarcado.

De aquellas lecturas me quedaron algunos apasionados recuerdos; y cada dos por tres retorno a sus páginas para medir la isócrona repetición de nuestras depresiones históricas.

Mallea decía: “Esta Argentina la llevaba yo en mi propio dolor. Y cuanto más sufrimiento me deparaba la realidad, más cerca me hallaba de ella. En los momentos de mayor incertidumbre y tormento la tocaba; toda ella era conciencia, en esos trances, como yo. Conciencia, conciencia era lo que necesitábamos. Conciencia es la del hombre que sale con el amanecer, con la reciente claridad de Dios, a recoger el fruto de su siembra y sabe lo que ha plantado en su campo y lo que de él quiere recoger y con quién compartir ese fruto en el auspicio del verano y en la adversidad del invierno; conciencia es la del hombre de ciudad que conoce su goce y su dolor y a ambos los contiene con digna exaltación y sin trivialidad; conciencia es la del que no admite para su trabajo sino lo que es bueno para su trabajo, para su arte sino lo que es bueno para su arte, para su comercio sino lo que es bueno para su comercio, para su industria sino lo que es bueno para su industria, y todo esto lo ejerce sin cometer ese delito que amenaza ser el más grande tal vez de nuestro tiempo y que no se puede designar mejor que con las palabras: invasión de humanidad. Conciencia es la del que crece sin invadir, sin trasgresión material o espiritual”. Y terminaba Mallea: “No coincidiría de nuevo nuestro pueblo con su grandeza histórica mientras su crecimiento hacia la naturaleza creadora no volviera a ser activo en él. Los grandes contingentes vivos permanecían paralizados y sólo estaba en movimiento el resorte crematístico de las ventas, de las grandes empresas financieras y de la oscilación de los productos sobre los que el país especulaba. Pero en el fondo de todo eso, un gran palabrerío de algunos y un gran silencio de otros. De este silencio es del que

vamos a ver resurgir las diferentes conciencias argentinas: la conciencia moral, la conciencia histórica, la conciencia intelectual, la conciencia humana. El día en que todas esas formas de conciencia salgan de su embrión y tomen cuerpo, entonces habremos comenzado a crecer desde la parte al todo, de la materia potencial a la forma, para hablar en términos aristotélicos; así como cuando se tiene conciencia de un sentimiento de amor se inicia definitivamente en un ser el apetito de unidad con el objeto que ama. No antes. Lo que sucedía antes era esta larga, larga espera por el frutecer de nuestras conciencias”.

Lo escribí, reitero, hace más de medio siglo, y ese testimonio es hoy de total vigencia, porque se ha dado nuevamente en la Argentina una crisis de la declinación, que algunos llaman una crisis ética, y que yo prefiero llamar la “crisis ideológica de la frustración colectiva”.

Ha llegado, entonces, el momento de lanzarnos a una *misión de rescate*, de recuperar la Patria a partir de la recuperación de nuestras propias conciencias, de la construcción de nuestra conciencia nacional. Ha llegado el momento de replantearnos nuestra relación verdadera y valedera con la Patria, no una relación escolar sino una relación existencial, una relación colectiva no individual. Porque tal vez, en algunos de los momentos de nuestros cíclicos devaneos, tuvimos de la Patria una idea magna y nos adormecimos en la profecía de Ortega y Gasset, de “un destino peraltado”. Tal vez pensamos en una Patria que excedía nuestros propios destinos individuales. No pensamos (y cuán pesada es esta culpa) que una Patria se diseña sólo a partir de las vidas en comunidad que contiene; que una Patria se burila con el solo cincel del esfuerzo cotidiano; que es hija de cada uno de nosotros mismos en la unidad de una comunidad organizada, es decir, en la unión nacional.

“*La Patria es un dolor que nuestros ojos no aprenden a llorar*”; “*la Patria es un dolor que aún no tiene bautismo*” nos decía Leopoldo Marechal. ¡Y no es verdad, maestro mío! ¡No ha de ser un dolor sino una esperanza en acto; ha de ser una posibilidad que está en nuestras manos rescatar de la decadencia y la frustración!

Recuerdo a López Velarde, el autor de “la dulce Patria”, cuando decía: “*Han sido precisos los años de sufrimiento para concebir una patria menos externa, más modesta y probablemente más preciosa*”. ¿Y por qué no hacerlo nosotros? ¿Y por qué no aprovechar este momento histórico del mundo para lanzarnos a una nueva *misión de rescate*?

Allá por los años 14, Spengler hablaba, en *Los años decisivos*, del mundo de los dos imperios. Allá por Yalta, el mundo se dividió entre los imperios vencedores. Más tarde, en Malta los dueños de los imperios terminaron de dividir el mundo.

Estamos forzados a una elección: o asumimos un destino de sobrevivencia o asumimos un destino de protagonismo, sabedores de que un destino de protagonismo sólo ha de darse a partir de nuestras “ventajas comparativas”. ¿Pero es que, acaso, tenemos *ventajas comparativas*? Y si la respuesta es el sí ¿cuáles son? ¿y dónde

están?

No podremos liderar un mundo que ha pasado a ser un mundo de división en imperios a un mundo de división en mercados; no podremos gastar lo que gasta el mundo desarrollado en armamentismo: 800.000 millones de dólares al año; no podremos colocarnos en órbita en el dominio espacial; no podremos acumular capital para controlar el mundo a partir de la propiedad casi exclusiva de la investigación científica y la innovación tecnológica.

Pero tenemos "*ventajas comparativas*": las de la inteligencia y el talento.

Esta pequeña gran nación nuestra dio cinco Premios Nobel y un Borges, un Marechal, un Cortázar y un Sábato; y dio campeones mundiales como Fangio, ese Fangio que, como diría Copani, lo hacía todo con alambre; dio ese Maradona villero cuyo repentismo creador no nace de la habilidad de las piernas, sino de la capacidad mental para razonar con velocidad y, al mismo tiempo, ejecutar la jugada como un jugador de ajedrez calcula el jaque mate en cinco movimientos.

Estamos dotados para la creatividad. Estamos dotados para el ingenio. Tan sólo nos falta admitir que vivimos un mundo en transformación, que vivimos un mundo en cambio. Y a cuya evolución podremos acercarnos en la medida en que realicemos aquello que Ortega llamaba "la empresa sugestiva de acción común". Porque el día en que superemos nuestras individualidades, nuestros prejuicios y nuestra rencillas domésticas, no tengo duda de que será un día trascendente para la Argentina real y potencial.

Falta sólo que entendamos, como dice Octavio Paz, que "*estamos condenados a ser modernos*". Que no podemos plantearnos el problema del adelanto científico-tecnológico de los otros pueblos como si fuera algo que nuestra voluntad va a poder detener, contener o suprimir. Y mucho menos añorando el paraíso perdido de los días pasados, el estado eglógico de una vida que nos dejó atrás.

Decía Gabriel Marcel: "Sería sucumbir a los espejismos conjuntos de las ideologías y el sentimentalismo, esperar no sé qué revolución gandhista, qué regresión hacia un estado pretécnico. Las técnicas han sido ahora asumidas por el hombre y no cabe ya a éste depositarlas como un fardo pesado. Así como descristianizándose el hombre tiende a caer muy por debajo de la civilización pagana, así renunciando a lo que tenemos el derecho de llamar las conquistas de la ciencia, se arrojaría a la peor de las decadencias. Las consecuencias serían catastróficas".

Habremos de asumir esta nueva circunstancia histórica porque, como dice la vecina del barrio "el mundo se ha convertido en un pañuelo"...

La innovación científico-tecnológica y la aceleración en la velocidad de cambio del mundo es de tal magnitud que resultan anacrónicos conceptos que tuvimos por eternos.

Hace treinta años nos sorprendía a muchos hombres del pensamiento nacional la doctrina de los politólogos brasileños de las "fronteras móviles". Tal vez comiencen

ya mismo a desaparecer las fronteras. Cuando en 1974 Perón hablaba de “la integración universal, después del paso por el regionalismo y hacia el continentalismo”, nos parecía una utopía del viejo estadista, debida al largo exilio vivido en Europa, presionado por cosas que no tenían nada que ver con nuestro país. Como, por ejemplo, cuando nos enfrentaba al problema ecológico y exacerbaba la importancia de la contaminación ambiental. (Ahora la contaminación está aquí, rodeando la ciudad; y tenemos el río más ancho del mundo y no podemos poner el pie en sus “aguas color *de león*”, contaminadas e inutilizadas para su consumo y su disfrute).

¡Hay un mundo nuevo que estamos “condenados” a aprehender en toda su fuerte realidad! Cada día más se irá contruyendo un paraguas satelitario sobre el mundo; cada día más la informática romperá todas las barreras de la incomunicación; cada día más la comunicación entrará por todos los resquicios de nuevas vías absolutamente nuevas e inéditas. Cada vez más se agrandará el “gap” entre los países que asuman el desafío de modernizarse, contra viento y marea, y los que se queden en la nostalgia de un tiempo que ya se fue, irremisiblemente.

Vivimos un mundo nuevo, apasionante, el de la aventura creadora del hombre montada en el poder de la inteligencia y del conocimiento. Frente a este nuevo mundo la Esfinge nos presenta un dilema de hierro: o convertirnos en esa metáfora hermosa de la Biblia, la mujer de Lot, y llorar el pasado que ha quedado atrás (y que, también, nos ha dejado) o lanzarnos audazmente a la conquista de este mundo nuevo en que el carácter realmente trascendente lo da la primacía del hombre y su creatividad ilimitada.

¡No hubo milagro japonés! Cuando nosotros aquí andábamos a los chuzasos, allá por 1850, la dinastía Meiji daba prioridad absoluta a la educación y al adelanto científico. También por esos años -dice Servan Schreiver- Iwasaki instalaba las bases de una gran empresa y Shibusawa instalaba 300 pequeñas empresas industriales. Y también polemizaban: Iwasaki decía que el poder industrial se logra a partir de la inversión; Shibusawa -el de las 300 empresas- que se logra a partir del talento. Y Japón, desde esos dos disparadores del progreso y su religiosa disciplina social, armó un poder real; los japoneses se instalaron en el mundo, se proyectaron en este mundo de la robótica, de la microelectrónica, de la ingeniería genética, de la revolución en los materiales.

Y es en este mundo en el que estamos quedando a la cola. ¡No tenemos tiempo para perder en problemas de conventillo! Me asusta la endeblez y mediocridad de las dirigencias sociales, políticas y económicas cuando no asumen como un reto este momento crucial de la historia de la humanidad.

Allá por los '80, una generación brillante, la Generación del '80, asumió con genialidad política una circunstancia similar e insertó a la Argentina en la órbita gravitante del país que, a partir del motor de explosión, estaba transformando todo el proceso productivo. ¡Ah! Y alguien me dirá: pero esa generación fue nefasta para

los intereses del país. No fue nefasta porque incorporó al país al mundo de quien lideraba la revolución industrial; fue nefasta porque no supo separarse a tiempo de Inglaterra, en el momento en que el péndulo pasaba del carbón, como generador de riqueza, al petróleo, la electricidad, el oro, en manos de EE.UU, el nuevo liderazgo que nacía a la historia del mundo.

¡Cuántos están mirando el mundo, desde nuestro país, en el área de la “Tercera Ola”, en la hora del “Desafío mundial” de Servan Schreiver, etc. como si no pasara nada! Es Brzezinski quien ha dicho: *“este no es un tiempo para acróbatas; es un tiempo para arquitectos”*. Y es que el mundo en que nos toca vivir es un mundo peligroso y peliagudo, porque exige articular el peligro de depredación que trae consigo.

Dice Gabriel Marcel en *La decadencia de la sabiduría*: “Nunca se alegrará con bastante resolución contra la idea por la cual no se puede válidamente hoy día pensar sino es en la escala mundial o en la planetaria. Aquí, como siempre, el sentido del prójimo es lo que hay que despertar: única salvaguardia posible contra calamidades que, ellas sí, serán sin duda universales”. Ya que es la ética la que habrá de estar encima de todo. Porque el meollo del problema consiste en luchar contra “esa especie de ley de gravitación que amenaza arrastrar al hombre de las técnicas hacia los excesos de la tecnocracia”, preservando la dignidad del hombre, ese “tesoro que el hombre es por el sólo hecho de ser” como decía Perón.

“Hay que movilizar las conciencias”, clama Juan Pablo II, “es necesario convenirse de la prioridad de la ética sobre la técnica, de la primacía de la persona sobre las cosas, de la superioridad del espíritu sobre la materia. La causa del hombre será servida si la ciencia se alía con la conciencia.”

Y éste ha de ser el signo de nuestra participación y nuestra ayuda a una concepción diferente de la utilización de la ciencia y de la técnica. Porque desde nuestra posición social, humanista y cristiana vamos a ser protagonistas de este hecho nuevo: asumir una Argentina no “modernosa” sino moderna; no externa sino lujosamente modesta; una Argentina que nos permita tener la Patria que un día Perón nos profetizó, cuando señalaba que “el único camino para la construcción fértil es a partir de ideas, valores y principios”. O cuando nos dijo que los propósitos de toda política debían orientarse a “elevar la cultura social de la masa, a dignificar el trabajo y a humanizar el capital”.

Yo creo que estamos ante una nueva y gran oportunidad histórica. Cada uno llegará a su umbral con sus lastimaduras y sus llagas, con sus quebrantos y sus dolores, sus tristezas y sus lágrimas. Pero todos deberemos, debemos despojarnos del pasado para construir el presente y proyectar nuestro futuro. Hernández tenía razón:

*“No se encontrará ninguno
que no lo dueblen las penas,
más no debe aflojar uno
mientras hay sangre en las venas”.*